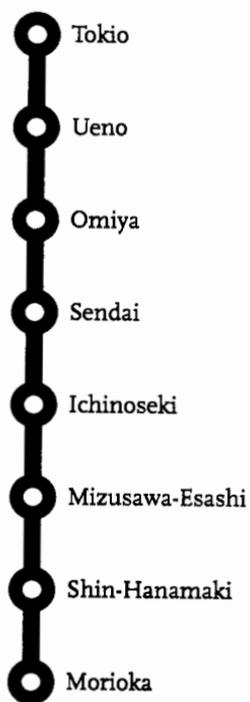


Tren bala

Kotaro Isaka

Traducción de Aleix Montoto

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfin
Volumen 1568



Kimura



La estación de Tokio está abarrotada. Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez que Yuichi Kimura estuvo aquí, y no puede estar seguro de si siempre está así de llena. Si alguien le dijese que está celebrándose en la estación algún acontecimiento especial, le creería. La muchedumbre que viene y va le resulta agobiante. Le recuerda al programa de televisión ese que Wataru y él habían visto juntos, el de los pingüinos, y la forma en que estos se apiñaban todos bien juntos. «Al menos los pingüinos tienen una excusa —piensa Kimura—. En el lugar en el que viven hace mucho frío.»

Espera que haya un hueco en el flujo de gente y, apretando el paso, ataja entre las tiendas de *souvenirs* y los kioscos. Luego sube un pequeño tramo de escaleras en dirección al torniquete del Shinkansen, el tren bala de alta velocidad. Al cruzar la puerta de embarque automática se pone tenso, teme que puedan detectar de algún modo la pistola que lleva en el bolsillo de la chaqueta, que el acceso se cierre de golpe y que le rodee el personal de seguridad. Pero no sucede nada. Afloja el paso y levanta la mirada hacia el monitor para consultar el andén de su Shinkansen, el Hayate. Hay un agente de policía uniformado haciendo guardia, pero no parece prestarle la menor atención.

Un niño con una mochila pasa a su lado, rozándole.

Parece tener unos ocho o nueve años. Kimura piensa en Wataru y siente una opresión en el pecho. Visualiza a su hermoso hijo, tumbado inmóvil e inconsciente en una cama de hospital. La madre de Kimura había exclamado al verle:

—¡Míralo! Parece que esté durmiendo, como si no le hubiera pasado nada. Es posible incluso que esté escuchando todo lo que estamos diciendo. No puedo soportarlo.

Al recordarlo, Kimura siente como si le vaciaran las entrañas.

«Ese cabrón pagará.» Si alguien puede empujar a un niño de seis años del tejado de unos grandes almacenes y seguir deambulando por ahí como si nada, es que el mundo está perdido. Kimura vuelve a sentir una opresión en el pecho, y esta vez no es a causa de la tristeza, sino de la rabia. Se dirige hacia las escaleras mecánicas aferrado a una bolsa de papel. «He dejado de beber. Puedo andar en línea recta. Las manos no me tiemblan.»

El Hayate ya está en el andén, esperando su turno para partir. Kimura aprieta el paso en dirección al tren y sube al vagón número tres. De acuerdo con la información que ha obtenido de sus antiguos socios, su objetivo viaja en un asiento de la hilera cinco del vagón número siete. Kimura entrará desde el número seis y le sorprenderá por la espalda. Ha de actuar con mucho cuidado y permanecer alerta, procurando no precipitarse.

Sube al vestíbulo. A la izquierda ve un cubículo con un lavamanos y se detiene un segundo frente al espejo. Cierra la cortina de esa pequeña zona de aseo. Luego mira su reflejo. Está despeinado y tiene legañas en las comisuras de los ojos. En su rostro ya asoma una áspera barba de tres días y los pelos del bigote crecen en todas direcciones. Le cuesta verse así. Se lava las manos, frotándose las bajo el agua hasta que el chorro automático del

grifo se detiene. Le tiemblan los dedos. «No es el alcohol, solo son nervios», se dice a sí mismo.

No ha disparado su pistola desde que Wataru nació. Solo la tocó una vez, al empaquetar sus cosas para la mudanza. Ahora se alegra de no haberla tirado. Las pistolas resultan útiles cuando hay que amedrentar a algún gamberro o mostrarle a algún gilipollas que se ha pasado de la raya.

El rostro del espejo se contrae. Sus arrugas agrietan el cristal, cuya superficie se curva y deforma al tiempo que Kimura tuerce la expresión.

«Ahora ya no hay vuelta atrás —parece decirle esa cara—. ¿Vas a ser capaz de apretar el gatillo? No eres más que un borracho, ni siquiera pudiste proteger a tu hijo.

»He dejado de beber.

»Tu hijo está en el hospital.

»Le daré su merecido a ese cabrón.

»Pero ¿vas a ser capaz de perdonarlo?»

La burbuja de sentimientos que hay en su cabeza ha dejado de tener sentido, y estalla.

Kimura mete la mano en el bolsillo de la chaqueta de chándal negra que lleva puesta y coge la pistola. Luego saca un cilindro estrecho de la bolsa de papel, lo coloca en el cañón y lo enrosca. No eliminará completamente el ruido del disparo, pero, tratándose de una pequeña pistola del calibre 22, al menos lo amortiguará y apenas se oirá un pequeño chasquido, más silencioso que el perdigón de una pistola de juguete.

Se mira en el espejo una vez más, asiente y luego mete el arma en la bolsa de papel y sale del cubículo.

Una azafata del tren está preparando el carrito de los aperitivos y casi choca con ella. Kimura está a punto de exclamar «¡Apártate!», pero sus ojos se posan en las latas de cerveza y contiene el impulso.

«Recuerda: un trago y se acabó. —Las palabras de su